

El sueño como fuente historiográfica: más allá del principio de placer

Ana Meléndez

HISTORIA, CONCEPTO Y SUEÑO

En un panorama filosófico de ebullición positivista, la publicación en 1960 de *Verdad y método* supuso una auténtica provocación. Pues frente a este tipo de filosofía vasalla de la ciencia, Gadamer preconiza en esta obra una noción de verdad que escapa a las redes de la experiencia metódica. Resuelto a no seguir las vías cartesianas ni kantianas, encontramos en Gadamer la propuesta de un concepto alternativo de verdad que habrá de buscarse en otras formas de experiencia: la filosófica, la estética y la histórica. La legitimación epistemológica de estos saberes radicará en el fenómeno de la *comprensión*.¹ Al subrayar la finitud y la limitación lingüística de la misma, la empresa gadameriana supone un severo correctivo del ideal moderno de autofundamentación. Contra este, su propuesta radica en una fundamentación hermenéutica por medio de la adquisición de una nueva conciencia crítica «que coloca a los hábitos de lenguaje y pensamiento... ante el foro de la tradición histórica a la que todos pertenecemos comunitariamente».²

Formado en las filas de esta hermenéutica, Reinhart Koselleck se desmarcará pronto de la influencia gadameriana. A pesar de su afinidad con la hermenéutica metacrítica en su interpretación maniquea de la modernidad, discrepará con el maestro en la manera en que este concibe la experiencia histórica. El objetivo del historiador alemán no es tanto comprender la historia mediante el estudio conceptual como la *Histórica*, que en palabras de Koselleck, se caracteriza por la pregunta por *las condiciones de posibilidad de una historia*;³ un acto autoreflexivo previo a la constitución de esta que entraña la afirmación de condiciones extra prelingüísticas de posibilidad de la misma. Mientras que para Gadamer todo lo que hace y piensa el hombre está condicionado lingüísticamente, para Koselleck hay dimensión humana pre y extralingüística.⁴ Así, contra Gadamer, la historia de los conceptos no habrá de coincidir con la de las realidades que designa, ya

que, como defiende el padre de la Historia Conceptual, hay incoincidencia entre el lenguaje y la experiencia histórica.

Ciertamente, hay experiencias históricas que no pueden ser acotadas por la conceptualidad, que no son alcanzables por la dimensión lingüística y que ponen de relieve la inefabilidad que acompaña a toda decibilidad. Es el caso, para Koselleck y para tantos otros, del nacionalsocialismo y su sistema específico del terror. La constatación del carácter inexpresable de la experiencia vivida en la Alemania nazi, de la distancia que separa lo allí acontecido de la palabra, ya obsesionó a Primo Levi y a muchos otros deportados bajo la forma de un *sueño* recurrente en el que los internos contaban lo sucedido en Auschwitz a sus familiares mientras estos se negaban a escucharlos.⁵

Precisamente los sueños, esas ficciones humanas prelingüísticas,⁶ constituyen para Koselleck un espacio para el despliegue del acontecer histórico, testimonios ficcionales que no deben ser excluidos como fuente historiográfica. Si bien es cierto que las relaciones entre lo ficticio y lo fáctico han supuesto durante siglos un prolongado desencuentro, cuenta Koselleck que su tajante separación ya se tornó permeable tras el descubrimiento dieciochesco del tiempo histórico, al tomarse conciencia de la necesidad de intervalo para la elaboración de la facticidad del pasado. Esa ósmosis entre la *res factae* y la *res fictae* se lleva hasta el extremo en el fenómeno onírico, la más ficticia de las producciones humanas capaz de atestiguar una realidad pasada como quizá ninguna otra fuente histórica lo puede:

ciertamente, los sueños se hallan en el extremo más alejado de una escala imaginable de racionalidad histórica. Pero en rigor, los sueños testimonian una inevitable facticidad de lo ficticio, por lo que un historiador no debería renunciar a ocuparse de ellos.⁷

La plausibilidad de lo dicho la ejemplifica de manera extraordinaria el libro de Charlotte Beradt, *The Third Reich of Dreams*.⁸ El libro contiene un sorprendente conjunto de sueños producidos bajo el régimen nazi que la autora se dedicó a recolectar con el objetivo de que en un futuro sirvieran de testimonio de los sentimientos, reacciones y transformaciones psíquicas que la gente iba experimentando a medida que el proyecto totalitario se iba ubicando en posición de controlar todos los actos individuales, incluido el del soñar mismo. Para todo historiador que se pregunte por el tiempo específico del Tercer Reich, dirá Koselleck,⁹ la documentación de estos sueños-testigos representa una fuente de primera categoría. Gracias a este comentario que el historiador alemán hace en *Futuro pasado*, el trabajo de Beradt sale a la luz y supone, para algunos, un verdadero cuestionamiento de las tesis freudianas acerca del mundo onírico. Pues estos sueños-testigos recogidos entre 1933 y 1939 no son realizaciones alegóricas de deseos reprimidos condenados a ser olvidados en el estado de vigilia. Estas producciones del inconsciente adquieren características particulares en una si-

tuación traumática en que el proyecto totalitario controla todos los actos y pensamientos acontecidos en la esfera pública, sin cesar su empeño, hasta llegar a conquistar la más recóndita intimidad.

LAS PESADILLAS DE UNA NACIÓN: 1933-1939

Cuenta Beradt en el primer capítulo de la obra, «How It Began», lo impresionada que quedó por el relato que le hizo «Herr S.» de un sueño que tuvo justo tres días después de la llegada de Hitler al poder:

Goebbels vino de visita a mi fábrica. Había colocado a todos mis trabajadores en dos líneas, frente a frente. Yo, parado en el medio de estos, debía realizar el saludo nazi. Centímetro a centímetro, me costó media hora levantar el brazo. Mientras observaba mi esfuerzo, Goebbels no mostraba ningún tipo de aprobación o desaprobación. Cuando finalmente conseguí levantar el brazo, dijo simplemente: «no quiero tu saludo», y caminó hacia la puerta. Yo me quedé de pie, con el brazo en alto, abochornado delante de todos mis trabajadores. Lo único que podía hacer para no derrumbarme era mirar su pie zambo. Y así permanecí hasta que desperté.¹⁰

Este sueño, con el que se abre el libro, tipifica perfectamente la contradicción interna que poseen todos los sueños recogidos en esta obra: la batalla mental, y emocional, entre si ceder y pretender amor a Hitler o combatirlo poniendo todo lo demás en riesgo. Asimismo, ilustra cómo esta batalla desemboca finalmente en una progresiva, pero sistemática, destrucción de la propia identidad. Reparando en que ese breve sueño definía y comprimía perfectamente los efectos ocasionados del proyecto totalitario en el hombre, la autora se sintió estimulada a comenzar su colección secreta de esos diarios nocturnos inconscientes. Con ayuda de algunos colegas que supieron de su proyecto, logró obtener sueños de más de trescientas personas, que recopiló, escondió y camufló cuidadosamente entre sus libros hasta que tuvo que abandonar Alemania. Su objetivo, como ya hemos dicho, era el de testimoniar, a través de la captación de sus reacciones psíquicas, el efecto directo que el régimen totalitario ejercía en los sujetos. Por ello todos los sueños aquí recogidos están en disposición de desvelar el estado del psiquismo humano en un tiempo y un espacio determinado: la dictadura nacionalsocialista alemana.

Es esta la razón por la que antes de proseguir con el relato, Beradt se detiene para distanciarse del freudismo y dejar claro que lo que viene a presentar no es un tratado de interpretación analítica: los sueños que aquí conciernen no son causados por conflictos internos asediados en el reino interior de un individuo desde tiempos remotos. Estos sueños son provocados, directamente, por la atmósfera política en la que son soñados. Son, sin más dilaciones, sueños políticos,

casi conscientes, particularmente intensos pero cabalmente precisos y fácilmente recordables, que no necesitan un psicoanálisis personalizado sino que precisan una interpretación política. Frente al par freudiano *deseo y olvido*, en una situación totalitaria, donde todo el universo simbólico hasta entonces efectivo ha sido colonizado, el sueño se presenta como materialidad de aquello que no tiene nombre pero que es real; representa la lucha de los soñantes por expresar lo que se impuso como inexpresable.¹¹

La colección de relatos está ordenada cronológicamente. Hay en esa disposición la intención de mostrar la manera progresiva en que el mecanismo totalitario iba incrementando la alienación de la individualidad. Por ello es muy interesante reparar en las diferencias entre los sueños del primer período del régimen y los producidos cuando este está ya más avanzado. Los primeros sueños tratan de ilustrar la manera en que los individuos tienen que lidiar con todos los medios de control que el régimen ha creado recientemente alrededor suyo, quieran o no quieran. Son reveladores de cómo las condiciones necesarias para el ejercicio de la libre conciencia van siendo progresivamente controladas hasta culminar en su desaparición. Puesto que no podemos detenernos en cada relato, escogeremos uno de ellos que, creemos, remeda todas estas ideas a las que hemos apuntado. Se trata del sueño de una mujer de clase media de unos treinta años, producido en 1933, «About Man and Devil»:

Estaba sentada en un palco en la ópera, llevaba un vestido nuevo, y el pelo muy bien hecho. Era una ópera enorme con muchos, muchos niveles, y yo estaba disfrutando de una considerable admiración. Estaban representando mi ópera favorita, *La flauta mágica*. Cuando llegó a la línea, «Ese es el diablo, sin duda», un escuadrón de policías llegó pisando fuerte y se dirigió directamente hacia mí. Una máquina había registrado el hecho de que yo había pensado en Hitler al oír la palabra «diablo». Implorante, busqué entre la multitud festiva alguna señal de ayuda, pero toda ella permaneció allí sentada, mirando al frente, en silencio y sin expresión, sin mostrar siquiera pena. El anciano caballero del palco contiguo parecía amable y distinguido, pero cuando traté de contactarle con los ojos, me escupió.¹²

Como este, hay muchísimos sueños en el libro cuyo tema principal es la advertencia de que se debe ser muy cuidadoso con lo que se piensa y con lo que se siente ya que la única seguridad, en situación totalitaria, radica en desterrar todo pensamiento desafiante. Además de una anticipación a las radicales restricciones de libertad de expresión que se irán desencadenando, este sueño supone la previsión de la catastrófica destrucción de «la pluralidad de los hombres», y del omniabarcante sentimiento de abandono en el ámbito público, dos cuestiones a las que años después Hannah Arendt se refirió como rasgos básicos de la vida bajo un régimen totalitario.¹³

A parte de los instrumentos físicos, como la irrupción de las tropas, empleados para aterrar a los individuos y subyugarlos al control totalitario, el régimen nazi utilizaba mecanismos psíquicos mediante los que imponer sus fantasías sobre la raza y *Der Führer*. Durante el día, las personas eran expuestas a todo un despliegue de adoctrinamiento político mediante la producción material radial, la propaganda y los medios de comunicación, todo lo cual resurgía después en los sueños ejerciendo de instrumentos del terror, cual dispositivo instalado debajo de la almohada encargado de transmitir la línea prescrita de pensamiento, sentimiento y conducta. La manipulación de las mentes de los individuos ejercida mediante estos instrumentos queda bien plasmada en el sueño de un ama de casa de mediana edad, ocurrido en 1933. Charlotte lo ha llamado «Dream of the Talking Oven»:

Un soldado estaba junto a la caldera... en la esquina de nuestra sala de estar, donde siempre nos sentamos y hablamos por la noche. El soldado abrió la puerta de la caldera y esta empezó a hablar con una voz áspera y penetrante. Repitió cada broma y todas las palabras que habíamos pronunciado en contra del gobierno. Yo pensé: «Dios mío, ¿qué es lo próximo que dirá, mis pequeños comentarios sarcásticos acerca de Goebbels?»... Al mismo tiempo, me acordé de que siempre me había burlado de la idea de que podría haber micrófonos, y todavía seguía sin podérmelo creer. Incluso cuando el soldado me ató las manos con la correa de nuestro perro y estaba a punto de llevarme, yo todavía pensaba que era una broma e incluso comenté: «no puede ir en serio».¹⁴

Lo que tenemos aquí es una persona que tropieza con esta nueva forma de infundir terror, que no consiste en un abusivo control mediante la fuerza física, sino en la sutileza de la más absoluta vigilancia. Hoy en día, gracias a los miles de dispositivos de vigilancia que han emergido en la segunda mitad de siglo por propósitos políticos bajo el pretexto de la seguridad ciudadana, estamos muy familiarizados con este tipo de manipulación publicitaria y mediática. Pero esto era ajeno y extraño a estos soñantes que solo constataban una ridícula exigencia de alienación. Por ello era bastante común esa sensación de incredulidad que testimonia el sueño respecto a lo que estaba ocurriendo. Aunque el régimen no llegó a implantar micrófonos en las salas de estar de la gente, idea extravagante para la soñante, hizo algo mucho más sorprendente que todavía hoy nos deja, a quienes tratamos de comprender lo ocurrido en el nacionalsocialismo, desconcertados: consiguió implantar el miedo en todos los corazones de aquellas personas que se convirtieron en participantes del designio hitleriano de masacre y locura. Cuenta Charlotte que recolectó muchos sueños de este tipo, en los que objetos de la casa testificaban en contra de los inquilinos: un cojín, una lámpara, un espejo... Todos ellos muestran cómo el feroz miedo de esta gente a ser cazados, hacía que se cazasen a ellos mismos.¹⁵ Por muy surrealista que puedan parecer este tipo de sueños, lo cierto es que reflejan en alto grado la *realidad absoluta* en que la nación alemana se vio envuelta.

A medida que fue avanzando el régimen, las condiciones psíquicas del pueblo alemán fueron también evolucionando con este, dirigiéndose hacia la más insólita de las resignaciones. Habiendo superado esa sensación inicial de incredulidad a la que nos referimos, la gente acabó perdiendo incluso la resistencia que supone la capacidad de sorpresa. Pues una vez que la persona ha quedado lo suficientemente condicionada por la presión política, la vigilancia y la propaganda, esta pasa a ser tan receptiva y manejable que todas las demás resistencias acaban por desaparecer. Haremos un resumen del último sueño a comentar, debido a que su extensión es demasiado amplia. Ha sido escogido porque expone de forma muy clara el proceso desde la resistencia hasta la resignación:

El autor del sueño fue informado por las autoridades nazis de que debía ir a la estación de trenes de Berlín para recaudar dinero para el Partido. Antes de salir, se dijo, «Qué diablos, nadie va a venir a molestarme.» Así que llevó consigo una almohada y una manta –y no una caja para la recaudación–. Después de una hora Hitler apareció por allí, vestido como si fuese una mezcla entre un payaso y un domador de leones. El soñante observó cómo Hitler usaba su encanto para ganar los corazones de los niños, de solteras y demás grupos de gente que estaban en la estación. De repente, el soñante empezó a sentirse incómodo bajo su manta. Tenía miedo de que Hitler se diera cuenta de que no había llevado la caja y que era «uno de los que prefieren dormir». Se imaginó entonces a sí mismo enfrentando a Hitler, diciéndole que sabía sobre los campos de concentración y que no los aprobaba. Hitler continuó camelando a los diferentes grupos y el soñante se sorprendió al ver que nadie parecía tener miedo de él. Muchos estaban incluso sonriendo. El soñante, mientras tanto, cogió la almohada y una manta y bajó la escalera principal de la estación. Entonces vio a Hitler en lo alto de la escalera, hipnotizando a la multitud con una interpretación de una ópera imaginaria, *Magika*. Todo el mundo aplaudió. Hitler hizo una reverencia y se fue, sin guardaespaldas, y se puso en la cola del guardarropa como todos los demás, esperando pacientemente para conseguir su abrigo. En este punto, el soñante pensó: «Tal vez no es tan malo después de todo. Tal vez no necesito tomarme la molestia de oponerme a él». De repente se dio cuenta de que en lugar de una almohada y una manta, llevaba una caja de recaudación.¹⁶

Los últimos sueños del libro muestran cómo los sujetos capitulan ante el nazismo y lo aprueban como un proceso del que irremediamente se forma parte. Alemania se llena entonces de un puñado de no-héroes que prefirieron desprenderse de la carga que supone la libertad en un régimen totalitario y buscaron cobijo en la consoladora esclavitud, y en los que se muestra la esencial conexión entre no hacer nada y hacer el mal. Estos últimos sueños sí expresan un deseo, el de formar parte del régimen. Sin embargo no se trata de deseos disfrazados, sino que estos emergen de una manera directa y sin rodeos.¹⁷ Aunque Beradt topó con otro tipo de sueños de resistencia, incluso alguno tiranocida, estos eran muy minoritarios. La inmensa mayoría testimonian que bajo un sistema de terror los sujetos purgan incluso sus deseos inconscientes hasta que sienten que en lo más

profundo de su interior no hay nada que vaya a impulsarles a realizar una acción que ponga en peligro sus vidas.

Este volumen de sueños prueba, de manera apabullante, cómo el Tercer Reich colonizó incluso el sueño como espacio para el descanso físico, convirtiendo estas producciones del inconsciente en instrumentos del terror. Pues estas se nos imponen como algo más que meros testimonios ficticios acerca del terror: son parte integrante del mismo;¹⁸ fenómenos físicamente manifiestos del terror que, precisamente como ficción, constituyeron parte esencial de la realidad humana de la Alemania de Hitler. Con todo lo hasta aquí dicho parece que podemos fácilmente concluir, con Koselleck, que de estas producciones ficticias, primero soñadas y luego relatadas, se pueden sacar conclusiones sobre la realidad histórica del terror después de 1933.

DESEANDO MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER

Este tipo de producción onírica que nos ofrece la obra de Charlotte Beradt testimonia, efectivamente, un inconsciente que no es el de la sexualidad reprimida y que compromete los procesos transferenciales del análisis freudiano al cuestionar el papel de la identidad individual en el proceso de elaboración onírica. Sin embargo, a pesar de que con frecuencia se olvide este hecho, con ocasión de la Gran Guerra Freud reformuló su teoría del inconsciente, lo que le llevó a hacer lo propio con la teoría pulsional y tópica y, por consiguiente, con la teoría del sueño, del síntoma y todas las demás formaciones del inconsciente.

La sensación de Freud de que su interpretación de la guerra ratificaba su visión del hombre como criatura pulsional, le permitió superar la parálisis inicial que le provocó el espectáculo de la guerra y los años siguientes fueron los más productivos en la vida del vienés. En ellos asomaron nuevas ideas que obligarían a la reformulación de su teoría, ideas para cuyo surgimiento fue esencial la irrupción de las neurosis de guerra, así como las ramificaciones teóricas del descubrimiento de la libido narcisista.

A pesar de que hoy en día la obra freudiana es reconocida como un saber que concierne a múltiples y diversas disciplinas, trascendiendo sobremanera la práctica clínica, la patria del psicoanálisis, como Freud recuerda en alguna ocasión, es el ámbito de las neurosis.¹⁹ Pues fue el descubrimiento de que detrás de las manifestaciones neuróticas actuaban excitaciones afectivas de naturaleza sexual²⁰ lo que le permitió dar origen al psicoanálisis como método interpretativo y terapéutico, diferenciándolo de los descubrimientos de Breuer –el método catártico y la sugestión hipnótica–, y superando las teorías de Charcot, gracias a las cuales la histeria pasó a considerarse una respetable enfermedad del sistema nervioso.

Al descubrir el papel etiológico de la sexualidad en los trastornos psíquicos, Freud afirmó que los síntomas de estos enfermos no eran más que «consecuen-

cias tóxicas directas de la perturbación del quimismo sexual».²¹ Es decir, lo que ocurre en el psiquismo del neurótico, explicaba Freud, es que el yo huye de la pulsión sexual, evitando la lucha de fuerzas. Entonces, al no producirse conflicto anímico,²² el impulso conserva toda su carga de energía, pudiendo así alcanzar una satisfacción sustitutiva por otros caminos denominados *síntomas*, que son, desde luego, «satisfacciones sustitutivas, pero deformadas y desviadas de sus fines por la resistencia del yo».²³ Continuando con la indagación sobre las causas y fundamentos de la neurosis, es sabido por todos que Freud descubrió el papel determinante de la sexualidad infantil, en especial el del episodio edípico.

Quizá sea este uno de los logros más destacables de la teoría psicoanalítica, a saber, la tesis de que la sexualidad se inicia poco después de nacer, y solo al final de una compleja y variable evolución se organiza bajo la prioridad de la genitalidad, aparentando la fijeza y la predeterminación del instinto del que en realidad, como antes apuntábamos, carece la pulsión. Si lo genital es una concreción específica y determinada de lo sexual, el fin de esta sexualidad no puede ser la procreación a través del coito heterosexual, sino la mera satisfacción de la pulsión. De esto se deducirá el *hit* freudiano de que la perversión, propia de una libido que busca su satisfacción en organizaciones anteriores y en objetos abandonados, no es la excepción, sino la norma: el perverso no llega tanto a serlo, como que sigue siéndolo. Pero, sin más dilaciones sobre este asunto, nos bastará aquí con dejar establecido que para Freud, los síntomas neuróticos constituían la representación de conflictos eróticos inconscientes causados por los restos de las pulsiones polimorfos de la infancia.

Durante la Primera Guerra Mundial, ocurrió que miles de soldados se vieron abocados a un nuevo tipo de trastorno psíquico: la neurosis de guerra. La convicción de estos soldados de que debían luchar con valentía y honor para no defraudar a la patria, chocaba ferozmente con la necesidad desesperada de huir de la destrucción. En muchos de ellos predominaba también un insufrible sentimiento de culpa, ya que no solo se les exigía buena disposición para morir, sino también para matar. Los trastornos de muchos de estos soldados eran muy parecidos a las neurosis que Freud había trabajado en la década de 1890. Esto hizo que la sociedad, civil y académica, se volviera más receptiva a la teoría psicoanalítica. El mismo Freud, conferenciando a propósito de las neurosis de guerra, así lo reconoció:

El episodio así concluido, empero, no dejó de tener importancia para la expansión del psicoanálisis. Obligados por las exigencias del servicio a dedicar su atención a las neurosis, también aquellos médicos que se habían mantenido apartados fueron inducidos a aproximarse a las doctrinas psicoanalíticas [...] Algunos de los factores que el psicoanálisis había reconocido y descrito desde hacía mucho tiempo en las neurosis de la vida civil- [...] también fueron comprobados en las neurosis de guerra y aceptados con vigencia casi general.²⁴

Sin embargo, los síntomas de estos soldados diferían notoriamente de los de las enfermedades mentales que Freud acostumbraba a tratar. Temblores, convulsiones, parálisis de diversos tipos, ceguera, sorderas, pesadillas obsesivas, eran algunas de las manifestaciones comunes de los síntomas que aquejaban a estos soldados.²⁵ Así, en 1918 un médico alemán, Ernst Simmel, ya postuló que los síntomas neuróticos y los sueños de estos soldados no buscaban la satisfacción sustitutiva inconsciente de un deseo reprimido, sino que eran intentos de superación de la devastación experimentada.

Pero la posición de Simmel fue inicialmente rechazada por Freud y sus discípulos al negarse aquel a aceptar la hipótesis de la sexualidad vehiculante de la teoría psicoanalítica. Manteniéndose en el convencimiento de que eran las energías pulsionales sexuales las que se expresaban en la formación de los síntomas y que la neurosis surgía como consecuencia del conflicto entre el *yo* y los impulsos eróticos condenados por éste, a Freud le costó aceptar el hecho de que los síntomas neuróticos de los soldados combatientes afectaban, cierta y directamente, a dos supuestos centrales de la teoría psicoanalítica de la neurosis: no solo al conjunto de la etiología sexual –la homosexualidad reprimida, el complejo de Edipo, el simbolismo fálico–, sino también a la creencia de que toda neurosis se originaba en un trauma ocurrido en la infancia, considerando el trauma adulto irrelevante en relación al trastorno.

De hecho, la confianza del psicólogo del inconsciente en este último punto le dio el coraje suficiente como para atreverse a predecir que la enfermedad mental ocasionada en la guerra sería transitoria y que con el fin de la devastación retornaría la estabilidad a las almas de estos soldados.²⁶ Postura que reafirmó una vez finalizada la guerra en el Quinto Congreso Internacional de Psicoanálisis aseverando, frente a todo su auditorio, que «con la desaparición de las condiciones bélicas también *cesarían* la mayoría de las enfermedades neuróticas producidas por la guerra».²⁷

No obstante, el tiempo le quitó la razón. En vez de desaparecer, los traumas de guerra hicieron que los hombres sufrieran durante muchos años siguientes. Este revés, junto con la incapacidad para mostrar que la teoría de la neurosis sexual fuera válida para las neurosis de guerra, dejaba al gran edificio freudiano en una lamentable situación de cojera teórica. Escenario que su arquitecto trató de solventar culminando el desarrollo de la teoría pulsional que había tenido inicio poco antes de comenzar la guerra con el descubrimiento de la libido narcisista.

La primera teoría pulsional, que consistía en la coexistencia simultánea de las pulsiones sexuales y las yoicas, no era, pues, plenamente válida para revelar cierto tipo de conflictos psíquicos que no encontraban su explicación en la sola tensión entre la libido y el *yo* como mero agente de adaptación. Esto ya había llevado a Freud hacer una radical revisión de los conceptos con los que había trabajado hasta entonces en un importante estudio titulado *Introducción al narcisismo*, publicado en 1914. Aunque ya había empleado el término *narcisismo* antes de la

publicación de este trabajo,²⁸ es en esta obra donde introduce el concepto en el conjunto de la teoría psicoanalítica.

Lo significativo de este ensayo es que en él Freud reconoce que el *yo* no puede ya definirse como un simple mecanismo de adaptación que inhibe las pulsiones sexuales, sino que, además, constituye un gran estanque de libido desde el cual esta es enviada hacia los objetos, quedándose de forma permanente en disposición de absorber la libido que retorna a partir de estos. Por consiguiente, tras la publicación de esta obra se produce necesariamente una redefinición estructural del narcisismo: se sabe ahora que este no es, como Freud había considerado en escritos previos, una fase evolutiva *normal* situada entre el autoerotismo y el amor objetal, ni tampoco una *perversión* homosexual, sino que cabe entenderlo como «el complemento libidinoso del egoísmo de la pulsión de conservación» que ninguna *catexis* va a sobrepasar completamente; es decir, el *yo* es, y continúa siendo a través de toda la vida, «el gran depósito de libido del cual emanan las cargas de objeto, y al cual retorna la libido desde dichos objetos». Lo que permitiría que la libido narcisista pueda transformarse continuamente en libido objetal, y viceversa, estableciéndose entre ambas un equilibrio que se ha denominado *principio de conservación* de la energía libidinal: cuanto más aumenta una, más se empobrece la otra.²⁹

Por consiguiente, con el descubrimiento del mecanismo que rige el *narcisismo*, se produce un desdoblamiento de la pulsión sexual en *libido objetal*, propiamente sexual, y *libido yoica* o narcisista, que sexualiza al yo. O dicho de otra forma, las pulsiones sexuales, en función de su objeto de catexis, se dividen en estas dos formas de libido. Lo que quiere decir que el yo queda muy lejos de ser ese otro polo pulsional opuesto a la sexualidad, para revelarse como un objeto de amor o, más exactamente, como un objeto investido por la libido. Esta situación, por más que Freud intentara repararla con el principio de conservación antes mencionado, aproximaba a la teoría a un monismo libidinal del que Freud siempre había querido huir desde que ya rechazara firmemente la propuesta jungiana de extender el término *libido* hasta significar «energía psíquica general».³⁰ A la necesidad estructural de reafirmación del dualismo responde, junto con el hándicap que suponían las neurosis de guerra, la introducción de la noción de *pulsión de muerte* en 1920, en *Más allá del principio de placer*.³¹

En esta obra, publicada en 1920, Freud modificó por fin su compromiso con el principio de sexualidad. En las primeras páginas,³² reconoció la existencia de aspectos psíquicos –como la tendencia compulsiva a la repetición, los sueños traumáticos, algunos juegos repetitivos infantiles o los síntomas de las neurosis de guerra–, que no podían explicarse a partir del principio de placer, sino que constituían intentos de dominio de una situación que de alguna forma había sido traumática, un dominio simbólico de experiencias angustiosas. De estos, dijo:

buscan recuperar el dominio sobre el estímulo por medio de un desarrollo de angustia cuya omisión causó la neurosis traumática. Nos proporcionan así una perspectiva sobre una función del aparato anímico que, sin contradecir al principio de placer, es empero independiente de él, y parece más originaria que el propósito de ganar placer y evitar displacer.³³

A pesar de que la teoría del dominio simbólico –según la cual tales síntomas y sueños eran intentos de dominar una primera situación traumática– podría valer para explicar este tipo de conflictos, en los siguientes capítulos Freud va mucho más allá de esta línea de pensamiento, y formula, por primera vez, el definitivo dualismo en el que distinguirá dos tipos de pulsiones antagónicas: por un lado las *pulsiones de vida* o eróticas, tendentes a la unión y a la conservación de todo lo orgánico y lo animado; y por otro, *las pulsiones de muerte*, que tienden a la destrucción y a la aniquilación de todo lo viviente.

Las hojas que siguen, y en las que expone el mencionado dualismo, constituyen un ambicioso intento –plagado de tecnicismos biológicos– de explicar el origen de la vida abarcando todo el reino animal, desde los protozoos hasta los seres humanos. Su razonamiento, hartamente especulativo y en el que no nos detendremos de forma exhaustiva, puede resumirse así: al comienzo todo era inorgánico. La materia orgánica surgió de forma gradual, gracias a la pulsión de vida. Pero como toda vida tiene como meta la muerte, también debe de existir otra tendencia propia de lo orgánico vivo a regresar a su estado anterior, es decir, a conservar el estado de inercia previo a la emergencia del fenómeno de la vida. De forma que se descubre otro tipo de pulsiones «destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo».³⁴

Este descubrimiento le lleva a determinar otro aspecto de la vida pulsional hasta entonces desconocido: hay en esta «un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior [...]; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia de la vida orgánica».³⁵ Surge así la oposición entre pulsiones libidinosas -yoicas y de objeto-, ahora denominadas *pulsiones de vida*, y otras que han de estatuirse en el interior del individuo: las *pulsiones de muerte*. Lo destacable de estas, en última instancia, es que tienden a reducir al ser vivo a un estado inorgánico precedente.

La actividad psíquica, por consiguiente, se rige ahora por dos movimientos: uno de unión, de conexión, que permite buscar objetos y aunarlos en un todo al que amar; pero también otro movimiento de desligamiento y separación, que impide el establecimiento de un todo unificado, poniendo incluso en riesgo la propia supervivencia. A partir de entonces, el deseo no puede explicarse desde la búsqueda del placer, sino también desde ese componente indomeñable de la destrucción. El deseo pasa a plantearse, en igual medida, en términos tanáticos.

Estas nuevas constataciones contradecían su teoría de la neurosis como represión fallida de la sexualidad, así como la de que los sueños estaban motivados

por el principio de placer. De hecho, el 9 de septiembre de 1920 Freud pronunció una conferencia en el Congreso Psicoanalítico Internacional celebrado en La Haya, bajo el título «Complementos a la doctrina de los sueños». Habló ahí de una nueva categoría de sueños: los traumáticos, que tienen lugar en personas que han sufrido un accidente, aunque también pueden ocurrir en personas que, mediante el psicoanálisis, reviven traumas de su infancia olvidados. En conexión con el problema de acoplar este tipo de sueños a la doctrina del cumplimiento del deseo, Freud hizo referencia precisamente a la obra suya que habría de publicarse próximamente, *Más allá del principio de placer*.³⁶

El haber traído a colación la modificación de la teoría psicoanalítica tras el impacto de la guerra no tiene por objetivo refutar las tesis de Beradt, pues creemos probable su sugerencia de que no todo sueño sea un deseo. De lo que se trata es de plantear la cuestión de qué sea un deseo tras la introducción de la pulsión de muerte. En la primera teoría pulsional es claro que Deseo –pulsión sexual– se opone a Necesidad –pulsión yoica–. Pero cuando lo que tenemos son Eros y Tanatos, impulsos opuestos pero inseparables, que además aparecen siempre fusionados con un cierto componente de su antagónico ¿se puede seguir sosteniendo que todo deseo tenga como fin la obtención de algo placentero, satisfactorio? ¿Cómo discernir, si quiera, qué es lo deseable, qué es lo placentero? ¿No nos tendría que llevar la pulsión de muerte a suscribir, como el mismo Freud plantea en su correspondencia con Einstein,³⁷ que lo que desea el hombre es, lo más indigno de ser deseado, la Guerra?

Independientemente de todas estas cuestiones que se nos quedan abiertas en relación a la propia constitución humana, lo que parece innegable es que el libro de Charlotte Beradt muestra la esencial conexión que existe entre los acontecimientos políticos y el trabajo inconsciente de la mente humana, la pertenencia que se da entre psicología y política, el vínculo, como anunciaba Koselleck, entre sueño e historia. Y es que guste o no guste la teoría freudiana, interés más o interés menos, el psicoanálisis introduce el caballo de Troya del inconsciente en las ciencias humanas y en las ciencias sociales, y todos los problemas que atañen a estos saberes experimentan una relectura a través del saber del inconsciente.

Para terminar, y enfocando nuestra mirada hacia la convergencia, cabe reconocer a Freud el gesto de ir a buscar el sentido más allá del concepto. Aunque este no elaboró una crítica del lenguaje en estos términos, de manera explícita, su concepción del lenguaje enunciada a lo largo de toda su obra incluye una dimensión crítica que lo aproxima a los desarrollos que caracterizan esencialmente a la cultura vienesa de la que formaba parte. Como ha defendido la psicoanalista Silvia Tubert,³⁸ una de las aportaciones revolucionarias del freudismo consiste en constatar que el síntoma no es un trastorno funcional del sistema nervioso, sino aquello que, por traumático, no puede decirse y encuentra una forma de expresión alternativa en los síntomas. Como el síntoma y como cualquier otra formación del inconsciente, el sueño es para Freud una forma de expresar aque-

llo que no puede ser enunciado en el discurso vehiculante del régimen de la significación. Así pues, ya sea entendido como carácter alucinatorio del deseo o como ficción historiográfica, habremos de coincidir en que estas producciones nocturnas del inconsciente son espacio de aparición de lo indecible, a partir de las cuales se nos permite pensar lo impensable en la medida en que lo que encubre, al mismo tiempo revela. En ese sentido, y como reza la sentencia shakespeariana, estas producciones oníricas tras las que nos ocultamos y escondemos, nos revelan por ello mismo aquello que somos.

NOTAS

1. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1991 p. 24.
2. *Ibíd.*, p. 27.
3. Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1977, p. 69
4. R. Koselleck, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», p. 212.
5. Enzo Traverso. *Violencia nazi. Una genealogía europea*, Buenos Aires, FCE, 2002, p. 27.
6. R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 274.
7. *Ibíd.*, p. 272.
8. Ch. Beradt. *The Third Reich of Dreams. The Nightmares of a Nation 1933-1939*, The Aquarian Press, 1985.
9. R. Koselleck, *Futuro pasado, op. cit.*, p. 274.
10. La traducción de los sueños es mía. Este relato se encuentra en Ch. Beradt, *The Third Reich of Dreams, op. cit.*, *Ibíd.*, p. 5.
11. *Ibíd.*, p. 17.
12. *Ibíd.*, p. 25.
13. *Ibíd.*, p. 33.
14. *Ibíd.*, p. 45.
15. *Ibíd.*, p. 50.
16. El sueño completo se encuentra en las páginas 112-114.
17. *Ibíd.*, p.111.
18. R. Koselleck, *Futuro pasado, op. cit.*, p. 273.
19. En una carta a Jones, Freud escribe: «Con todo lo agradable que es todo esto le he pedido, sin embargo, que volviera a tiempo a las neurosis. Esta es nuestra patria, donde tenemos que fortificar en primer término nuestras posiciones», E. Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud*. Versión abreviada a cargo de Lionell Trilling y Steven Marcos, Barcelona, Anagrama, 2003, pp. 415.
20. Freud, S., *Autobiografía*. Madrid: Alianza, 1969, pp. 32.
21. *Ibíd.*, pp. 36.
22. A tal fenómeno es a lo que se le llama en terminología psicoanalítica *represión*. La teoría de la represión impone una modificación de la labor terapéutica anterior, dando lugar al psicoanálisis, pues el objetivo de la terapia es ahora «descubrir las represiones y suprimirlas mediante un juicio que aceptase o condenase definitivamente lo excluido por la represión», esto es, llevarlas al conflicto anímico. *Ibíd.*, pp. 40-41.
23. *Ibíd.*, pp. 41.
24. S. Freud, *Introducción al simposio sobre las neurosis de guerra*, en S. Freud, *Obras Completas*, trad. de L. L. Ballesteros. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, tomo VII, ensayo CXL, pp. 2542.
25. L. Breger, *Freud el genio y sus sombras*, Javier Vergara Editor, 2001, pp. 327.
26. S. Freud, *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, en S. Freud, *El malestar en la cultura y otros ensayos*, trad. L. L. Ballesteros, Madrid, Alianza, 2010 pp. 186.
27. S. Freud, *Introducción al simposio sobre las neurosis de guerra, op. cit.*, 2542, (La cursiva es mía. En el original pone «cesó»).

28. «Es en una nota de 1910 a *Una teoría sexual*, donde Freud utiliza por primera vez el término *narcisismo*, para explicar la elección de objeto de los homosexuales, que «se identifican a la mujer y se toman a sí mismos como fin sexual; esto es, buscan, partiendo de una posición narcisista, hombres jóvenes y semejantes a su propia persona, a los que quieren amar como la madre les amó a ellos». Poco después, en el caso Schreber, Freud consideró el narcisismo como una fase de la evolución sexual, la cual permitiría una primera unificación de las pulsiones sexuales, situándose entre el autoerotismo y el amor objetal», Gómez, C. *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 215.
29. Este principio de conservación de la energía fue el arreglo teórico que fijó Freud para no caer en una concepción libidinosa monista de la psique, que era la defendida por su exámito y ahora rival, Jung. Véase C. Gómez, *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica, op. cit.*, pp. 217.
30. S. Freud, *Más allá del principio de placer*, en S. Freud, *Obras completas*, trad. J. L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2012, vol. XVIII, J. L. Etcheverry, pp. 52.
31. S. Tubert, «Malestar en la palabra. Freud, cien años después», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 5-6 (2001), p.17.
32. S. Freud, *Más allá del principio de placer, op. cit.*, pp. 7-34.
33. *Ibíd.*, pp. 31
34. *Ibíd.*, pp. 39
35. *Ibíd.*, pp. 36
36. El resumen de la conferencia se puede encontrar en S. Freud, «Complementos a la doctrina de los sueños», *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2012, pp. 4-6.
37. S. Freud, *¿Por qué la guerra?*, Barcelona, Editorial Minúscula, 2008.
38. Esta tesis es la que defiende Silvia Tubert en el capítulo titulado «El análisis del lenguaje en la obra de Freud», en *El malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

.....

ANA MELÉNDEZ es licenciada en Filosofía por la Universitat de València, donde cursó también los estudios de Máster en Pensamiento Filosófico. Contemporáneo. Actualmente realiza su tesis doctoral sobre la obra de Sigmund Freud.